

TEMA DEL MES

1989-2004, un complejo y apasionante período

Fernando
Lezcano López
Secretario general de la FE CCOO (1989-2004)

La Historia, como “registro de la acción política del pasado” (Hannah Arendt) no es una línea recta. Se asemeja más a una línea quebrada donde cada pico de sierra es el reflejo de una convulsión que nos va situando en otro esta-dio. Por otra parte, la historia tampoco es la narración de grandes acontecimientos protagonizados por “grandes hombres” sino el resultado de la interacción de diversos factores y de diversos protagonistas

ASÍ, la historia de nuestra Federación ni ha sido plana ni ha tenido protagonistas únicos y se puede afirmar, sin riesgo de faltar a la verdad, que contribuimos a hacer Historia.

Acercarse a un período que abarca quince de los treinta años que celebramos y que coincide con uno de los tiempos más cambiantes de la educación en nuestro país, no es tarea fácil, máxime si se quiere huir de la exaltación de nuestras gestas o de la simple enumeración de los hitos más significativos. En estas condiciones, los lectores aceptarán que hagamos una aproximación somera y sin pretensiones que siga el recorrido de la Federación en íntima relación al que ha seguido nuestro sistema educativo.

El tiempo comprendido entre la primavera de 1989 y la de 2004 se podría caracterizar, aun a riesgo de caer en la simplificación, como el período de las reformas y contrarreformas educativas, todas ellas sin culminar. En lo que a la Federación se refiere es el tiempo en el que, sobre las bases establecidas desde su fundación y particularmente durante la huelga del 88, se da el salto cuantitativo y cualitativo que hace que el sindicalismo de clase y confederal en la enseñanza sea una realidad inapelable.

En 1989 nos encontrábamos en el ecuador de la primera etapa socialista, en medio de profundos cambios en la sociedad española y en el arranque de una ambiciosa política reformista en educación que había empezado unos años antes con la aprobación (contestada por la derecha más recalcitrante) de la ley que regula el derecho a la educación, la LODE, y el inicio de las transferencias educativas y que había continuado con la Ley de Reforma Universitaria (LRU) y la experimentación de la reforma en los niveles anteriores a la universidad, que un año después cristalizaría en la LOGSE.

Este período coincidió también con el descenso demográfico, expresión del desarrollo alcanzado por nuestra sociedad y fuente de una profunda reestructuración del mapa escolar y de las plantillas, sobre todo en Primaria.

En 1989 estábamos en plena resaca de dos de las más trascendentes movilizaciones de nuestra historia reciente, la larga huelga de la enseñanza pública y la general del 14-D.

Las reformas educativas socialistas tenían un planteamiento de fondo que podía ser compartido por amplios sectores de la sociedad, pues pretendían una modernización del sistema que homologaba a nuestro país con los de nuestro entorno en cuestiones como la universalización de la enseñanza, con la extensión de la escolarización obligatoria como medida paradigmática. Estos avances se asentaban además sobre las bases conceptuales de la comprensividad y la pedagogía activa que se habían acuñado en los últimos años de la dictadura franquista, en el marco de las escuelas de verano.

Pero la puesta en marcha de la LOGSE, después de un largo período de negociaciones políticas y sindicales, que arrojó luces y sombras sobre su resultado final, tuvo sus puntos débiles en dos factores decisivos; uno, la pérdida de peso específico en las prioridades gubernamentales expresada fundamentalmente en la caída de la inversión y en la timidez con que se impulsaron determinadas medidas y, otro, en los desajustes que la comprensividad introducía en la Educación Secundaria Obligatoria, que ahora, al extenderse la obligatoriedad hasta los 16 años, suponía la permanencia en los centros de una tipología de alumnos que antes eran o expulsados del sistema o desviados a la Formación Profesional.

En estas condiciones se fue generando un caldo de cultivo adverso a la reforma, que en el caso del profesorado vino de la mano de tres elementos. El primero de ellos fue la actitud del Gobierno socialista en la huelga del 88, claramente despreciativa hacia las justas reivindicaciones del profesorado; el segundo elemento estuvo determinado por el impacto de la caída demográfica, que alteró la cotidianidad de muchos centros y modificó las condiciones en las que se encontraban un buen número de profesionales sobre todo en Primaria. Pero, como era lógico esperar, también acabó afectando a los de enseñanza media. Por último, el tercer elemento fueron las dificultades objetivas con las que se encontraron los docentes de secundaria al tener que impartir sus clases a un alumnado más heterogéneo tanto por sus recorridos formativos como por sus expectativas respecto al aprendizaje.

Las respuestas a todo ello, por parte de los responsables de la Administración de entonces, se concretaron en una suerte de autoenmiendas a sus propios planteamientos y de huidas hacia delante, sólo corregidos, en la medida de lo posible, por la intervención sindical. Basta recordar las 77 medidas planteadas en el último tramo del mandato socialista y los cambios que se fueron introduciendo en el gobierno democrático de los centros.

Ante esta situación contradictoria, la Federación de Enseñanza de CCOO actuó siguiendo el modelo que habíamos acuñado años antes, y que en esencia consistía en intervenir al mismo tiempo y en complejo equilibrio, en las políticas educativas y en la defensa de la mejora de las condiciones laborales de los diferentes colectivos de trabajadores y trabajadoras de la enseñanza. Así, negociamos mejoras retributivas para el profesorado que cerrasen el conflicto de la homologación y acompañasen la aplicación de la reforma, como fueron los sexenios; negociamos los concursos de traslados, donde pretendimos salir al paso de los desajustes que provocaba el nuevo mapa escolar que se derivaba de la caída de la natalidad y de la nueva tipología de centros que establecía la LOGSE. Por lo que respecta a la enseñanza privada, afectada por el mismo fenómeno, negociamos los acuerdos de plantillas y presionamos para que avanzasen los aspectos más progresistas de la Ley dando alternativas para adecuar la enseñanza secundaria a los problemas objetivos con los que se estaba encontrando. Por otra parte, hartos de exigir más financiación sin que encontrásemos el menor eco en el Gobierno, presentamos la Iniciativa Legislativa Popular (ILP) por la financiación del sistema educativo, que tuvo la virtud de ser la primera de estas iniciativas que llegó al Parlamento.

Con todo, el ambiente social ante la situación de la enseñanza fue siendo cada vez más hostil y en la medida en que esta situación se asoció, más o menos interesadamente, a la reforma socialista se crearon las condiciones favorables a las políticas contrarreformistas que vendrían de la mano del PP y que adquirió su punto álgido, en su segunda legislatura, con la elaboración de la LOCE y de la LOU.

El primer mandato popular se podría dividir en dos tiempos: el de la agresividad verbal contra la escuela y la universidad pública, protagonizado por la entonces ministra de Educación, Esperanza Aguirre, y el de apagar fuegos y cerrar las transferencias educativas, liderado por su sucesor en el cargo, Mariano Rajoy.

Nuestra Federación respondió con la búsqueda de marcos unitarios, como fueron las plataformas en defensa de la enseñanza pública o la Declaración de la Fundación Encuentros y con la movilización, en el primero, y con una de las apuestas cualitativamente más ambiciosas para negociar las transferencias como fue el Libro Blanco, en el segundo.

La última legislatura del Gobierno del PP (2000-2004) pretendió materializar las políticas que en la primera no estuvieron en condiciones de llevar a cabo, dada la contestación desplegada y la ausencia de mayoría parlamentaria. Así, elaboró la LOU, que introducía un grave ataque a la autonomía universitaria, y la LOCE, que restablecía elementos de segregación escolar de corte clasista y propios de ciclos históricos ya superados.

Frente a estas dos iniciativas, la Federación de Enseñanza de CCOO volvió a encabezar la contestación, que desplegamos a partir de la elaboración de propuestas alternativas, de la búsqueda de marcos unitarios y de la movilización ante el fracaso de las ficticias negociaciones. La respuesta fue espectacular, sobre todo en el caso de las universidades. Sin faltar a la verdad, se puede decir que fueron significativamente importantes en la posterior derrota del PP y en el nuevo triunfo del PSOE.

Crecimiento espectacular

AL CALOR de la intensa actividad desplegada en tan largo, complejo y apasionante período, la Federación creció espectacularmente en el terreno afiliativo, protagonizó un profundo cambio generacional entre sus dirigentes, se consolidó electoralmente, incrementó su presencia institucional y mediática y ganó capacidad de propuesta. Todo ello fue posible gracias a la herencia recibida y a la generosidad, calidad y compromiso de las personas que en distintos tiempos, territorios, sectores y responsabilidades aportaron lo mejor de si mismas por el sindicalismo de clase y confederal que representan las Comisiones Obreras.